

Filosofía: estado de la cuestión

Mario Teodoro Ramírez Cobián

Instituto de Investigaciones Filosóficas "Luis Villoro"
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Resumen

Este ensayo proporciona definiciones breves y precisas del concepto de filosofía, del concepto de historia de la filosofía y de la situación actual del pensamiento filosófico y sus perspectivas y posibilidades. Incluye un repaso general de la filosofía mexicana del siglo XX y de la actividad de investigación que he realizado a lo largo de mi pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores (de 1990 a la fecha).

Abstract

This essay provides brief and precise definitions of the concept of philosophy, of the concept of the history of philosophy, and of the present state of philosophical thought and its perspectives and possibilities. It includes a general review of the Mexican philosophy of the twentieth century and the research activity I have done throughout my membership in the Sistema Nacional de Investigadores (From 1990 to date).

1. Concepto de Filosofía

La filosofía es una disciplina -antigua como ninguna- que se ocupa de analizar y ejercer el acto del pensamiento. En sentido estricto, el término "pensamiento" refiere la capacidad de la mente humana para formar de manera autónoma conceptos o ideas. Una idea, un concepto (un concepto puro) es aquella formación o

construcción de la mente que no corresponde a algo en la experiencia o a algún tipo de práctica formal (lógica, matemática, derecho, etc.). Los conceptos filosóficos se refieren a los presupuestos más generales del conocimiento, la experiencia y la praxis humana en sus distintos ámbitos. Así por ejemplo, Ser, existencia, realidad, verdad, bien, belleza, valor, humanidad, conciencia, naturaleza, sociedad, justicia, etc., son conceptos que tienen la característica de que para cualquier afirmación (proposición) que se haga sobre ellos, no existe un método o un procedimiento para saber si es verdadera o no (como sí lo hay en el conocimiento empírico, en el científico-natural o en el matemático)¹. No obstante, esos conceptos remiten a lo esencial de la realidad y del propio pensamiento.

Si bien puede 1) considerar elementos de nuestra experiencia (reflexión fenomenológica), la filosofía se ocupa de estos conceptos atendiendo a su significado o significados, para lo cual se auxilia tanto 2) del análisis lingüístico (lógico-semántico) como 3) del análisis hermenéutico (la tradición histórica del concepto) a fin de 4) construir, siguiendo los principios de la lógica, argumentos que, sin embargo, rebasan el nivel puramente lógico en cuanto pretenden captar intuitivamente lo que es la realidad, o bien 5) de redefinir (re-significar) conceptos establecidos o de crear nuevos conceptos. En estas cinco acciones o procedimientos puede sintetizarse el talante del pensamiento filosófico, síntesis que podría considerarse la vía para una concepción unificada de la filosofía, donde las diversas corrientes o líneas del pensamiento queden integradas y conformadas bajo el propósito de aprehender los componentes fundamentales de lo que existe.

Cabe aclarar que la creación conceptual de la filosofía² no consiste en crear o fabricar nuevas palabras (aunque se dan casos) sino en tomar términos ya existentes en el lenguaje ordinario o en algunas prácticas específicas (artes, ciencias, tecnología, política, etc.) y ampliar y redefinir su significado en función del contexto histórico-teórico y problemático que determinada elaboración filosófica se plantea. Por ejemplo, la filosofía (dentro de la ontología, la epistemología, la filosofía de la ciencia o la filosofía social) toma el término “estructura” de la arquitectura y las artes constructivas, redefine y amplía su significado, lo discute formal y conceptualmente y lo aplica a ámbitos diversos y generales. Ahora bien, el filósofo analiza o produce no un concepto aislado sino un sistema (una red, una maraña)

¹ Cf. Isaiah Berlin, *Conceptos y categorías*, México: FCE, 1983, ver particularmente: “I. El objeto de la filosofía”, pp. 27-42.

² Es la concepción de la filosofía que defiende el filósofo francés Gilles Deleuze. Cf. G. Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona: Anagrama, 1993.

conceptual; por ejemplo la red conceptual kantiana sensibilidad-imaginación-entendimiento-razón (sistema de las facultades) o la red heideggeriana Dasein-mundo-Ser-tiempo (estructura ontológica fundamental). Las filosofías constituyen especie de totalidades abiertas. Cada filosofía es una concepción total, una estructura singular de pensamiento cuyo sentido (verdad, propuesta) se encuentra, sin embargo, abierto a la interpretación, a la reconstrucción.

El pensamiento filosófico ofrece pautas para comprender y orientar nuestras prácticas de conocimiento (nuestros saberes), experiencias (el arte, la vida emocional, la religiosidad) o prácticas sociales (moral, política, religión). Lo anterior implica tanto el carácter crítico como el carácter proyectivo que caracteriza a la filosofía en cuanto pensamiento racional, reflexivo y creativo. La filosofía es crítica tanto de las formas de pensamiento establecidas (ideas, creencias, opiniones) como de las prácticas que se derivan de esas formas y de las estructuras sociales en que se organizan. La filosofía es, ante todo, crítica de la ideología, de las ideologías, esto es, de las formas de pensamiento irreflexivas que sirven para sustentar o legitimar un orden cultural y socio-político dado. De la crítica la filosofía puede derivar o crear visiones proyectivas de nuevas formas de pensamiento, de acción social y de vida humana que sean conformes a los principios de verdad y racionalidad y a los valores de la justicia, belleza, bien, etc.³ El carácter práctico, la “aplicación” de la filosofía, no es un proceso directo e inmediato, sino que atraviesa diversas mediaciones y requiere siempre tiempo para su realización. No obstante, la filosofía mantiene la perspectiva crítica aun respecto a sus derivaciones o aplicaciones. En cuanto ejercicio del pensamiento, en cuanto ejercicio de la comprensión, ella no puede cerrarse nunca en ciertas determinaciones, en ciertos hechos o momentos, en “lo dado”, y ha de mantener siempre lo “abierto” del pensamiento y de la propia realidad. La apertura que la comprensión filosófica produce (ver más allá, atisbar el horizonte) tiene un efecto crítico inmediato respecto a la parcialidad de lo dado y un efecto proyectivo que abre horizonte, el campo infinito del Ser, de la existencia.

La comprensión filosófica opera sobre una *Gestalt*: la combinación o co-presencia del punto finito, particular, y el horizonte de lo que abre al infinito. La filosofía es una “perspectiva”, el doble movimiento que va de una a otra de esas figuras; ella no se contenta con ser pensamiento de lo abierto en su pura idealidad y abstracción (esto no es filosofía sino “ideología”), sino lo abierto en relación a, o desde un punto,

³ Desde Sócrates, dice Villoro. La filosofía “ha pretendido ser, a la vez, reforma del entendimiento y elección de vida nueva”. Luis Villoro, *El concepto de ideología y otros ensayos*, México: FCE, 1985, p. 137.

desde una particularidad. Pero tampoco se conforma la filosofía con reducirse a esa particularidad, a la posición meramente subjetiva y parcial de quien piensa (esto no es filosofía, es *doxa*, opinión). Filosofar consiste en abrir lo particular al horizonte universal de la existencia y, a la vez, en concretar o actualizar ese horizonte en la particularidad concreta y real de lo dado. El horizonte es precisamente el modo de ser de la idealidad filosófica. Las ideas o los conceptos puros de la filosofía son la manera de expresar o reflejar el “horizonte”, lo “infinito”, el “*apeiron*” (lo indeterminado), cosas que por definición no son dadas pero que tienen una existencia perfectamente real aunque problemática: para pensarlas hay que discutir, hay que pensar y repensar continuamente porque su “ser” no es algo que pueda ser definido y concebido de una vez y para siempre. La filosofía es la guardiana de lo Abierto del Ser.

2. La filosofía actual

La historia de la filosofía es constituyente intrínseco de la filosofía como tal. En cuanto no existen objetos específicos y métodos establecidos para resolver las cuestiones filosóficas, cada teoría filosófica permanece como una propuesta insuperable, como una forma de pensar que siempre puede ser reinterpretada y reactivada en el presente. Esto no significa que no exista progreso o avance en filosofía, sólo que éste no puede entenderse bajo la figura del desarrollo lineal; resulta mejor la figura del desarrollo intensivo, a la manera de la memoria bergsoniana.

Hay progreso en filosofía, pero es intensivo, no extensivo; es total, no lineal y puntual. Platón y Aristóteles progresan con nosotros a cada momento. A diferencia de la ciencia o de la técnica, donde un nuevo avance niega todo el conocimiento anterior o lo vuelve innecesario (nos basta el manual de medicina más reciente, o el aparato de última generación), en filosofía todo su pasado está operante en cada momento del acto de pensar. Aquí no hay desperdicio ni filósofo discontinuado. La historia de la filosofía es como la memoria bergsoniana: una bola de nieve descendiendo por la ladera que cada vez se va ensanchando más, según la brillante metáfora del gran pensador francés (Henri Bergson⁴). La memoria no es un tren que avanza y donde cada punto recorrido queda inmediatamente atrás, olvidado, perdido quizás. Por el contrario, la bola de nieve retiene en ella los momentos que ha ido recorriendo, lleva montado en sí todo su pasado, cada presente es una capa

⁴ Henri Bergson, *La evolución creadora*, Buenos Aires: Cactus, 2007, p. 22.

de nieve que viene a engrosar más el pasado. Éste no quedó atrás, allá arriba de la montaña; el pasado está todo él en la bola actual. Nuestro pasado, el pasado de cada uno; mi pasado me acompaña todo él a cada momento: crece y se rehace a cada instante todo. La filosofía es, por su parte, la memoria del Pensamiento, la Bola de Nieve del Espíritu, la Memoria del Mundo. Todo está aquí. Todo está ahora. Todo avanza. Cada vez más grande; más intenso cada vez.

No obstante esta simultaneidad entre pasado y presente de la filosofía, hay progreso y avance filosófico. Sólo que es “intensivo”, decimos. Esto significa que cada nuevo momento del pensamiento piensa las cuestiones ya pensadas pero agregando algo, un matiz, una diferencia, un nuevo sentido, mayor profundidad. Parece que los filósofos siempre hablan de lo mismo -Ser, sustancia, devenir, verdad, justicia, belleza-, pero, en realidad, siempre lo hacen de manera distinta. La forma en que Descartes discurre acerca de la sustancia es muy distinta a la forma en que Aristóteles lo hacía. Hoy, el filósofo norteamericano Graham Harman vuelve a hablar de sustancia, pero de forma totalmente distinta a como lo hacían Descartes o Aristóteles -haciéndolo en el panorama del pensamiento de la complejidad de nuestra época-.⁵ Es por eso que la filosofía puede siempre retomar y volver a pensar ciertos conceptos, ciertas designaciones: realismo, ontología, inmanencia, materialismo, etc. Es y no es el mismo concepto, el mismo asunto.

Considerando lo ante dicho podemos proponer un esquema del desarrollo de la historia de la filosofía en el que cabe distinguir, desde la perspectiva de nuestro presente más actual, tres grandes etapas. Es una sucesión que tiene bajo de sí la simultaneidad de las grandes cuestiones de la filosofía.

1) La época del pensamiento metafísico, guiado por la idea o categoría de “necesidad”: la filosofía consiste en responder a la preguntas ¿qué? y ¿por qué? Es búsqueda de las causas o razones de lo que existe. Comprende desde los orígenes presocráticos hasta la filosofía moderna, particularmente la filosofía kantiana, la cual, junto con el empirismo clásico (inglés) da un golpe casi mortal a las pretensiones de toda metafísica, ya a la manera naturalista de la filosofía griega o ya a la manera teológico-trascendental del pensamiento medieval, o a la manera metafísico-trascendental de los pensadores del gran racionalismo moderno (Descartes, Spinoza, Leibniz).

2) La época del pensamiento positivo, bajo la categoría de “experiencia”, abarca de Kant hasta el posmodernismo (fines del siglo XX). Es la época de lo que Quentin

⁵ Cf. Graham Harman, *El objeto cuádruple*, Barcelona: Anthropos/UMSNH, 2016.

Meillassoux llama el “correlacionismo”, esto es, el establecimiento de la correlación sujeto-objeto como apoyo y único ámbito de la reflexión filosófica⁶. A partir de Kant el único conocimiento plausible es el de las diversas ciencias (dominio de la epistemología), y las cuestiones metafísicas acerca de Dios, el alma, el mundo o la libertad quedan emplazadas como puras “ideas”, incognoscibles e indecibles para el pensamiento. En todo caso son desplazadas al campo de la vida moral donde van a funcionar como “ideales prácticos” que dan sentido al acto moral. La actitud escéptica es ponderada como la actitud “moderna” por excelencia. Ahora bien, la modernidad tiene su punto de consagración, no de superación, en la llamada posmodernidad, que no hace otra cosa al fin que llevar hasta sus últimas consecuencias los presupuestos escépticos, subjetivistas, relativistas y nihilistas de la modernidad.

3) La época del pensamiento ontológico-especulativo, o la del nuevo realismo. Es nuestra época, el nuevo pensamiento de este siglo (XXI)⁷. Se propone ante todo superar los desvaríos de la posmodernidad y restablecer la filosofía en sentido fuerte, aunque cuestionando también los supuestos del pensamiento metafísico tradicional. Opone a la metafísica, en cuanto teoría de la necesidad y de la totalidad acabada, una ontología de la realidad como proceso contingente y no totalizable. A la vez, opone a la filosofía moderna y posmoderna, determinada en gran medida por supuestos humanistas y subjetivistas, un interés por la realidad en sí, por la existencia en general. En contra también del cientificismo y el positivismo, y del dominio de la epistemología, la filosofía de nuestros días defiende los derechos del pensamiento especulativo o racional puro, es decir, restablece la posibilidad de que la filosofía acceda a lo real y pueda hablar nuevamente de lo absoluto, aunque bajo una perspectiva no metafísica ni teológica, sino como existencia efectiva. De esta manera, a diferencia de varias corrientes filosóficas del siglo XX (como el existencialismo, la teoría crítica y el posestructuralismo), críticas también del cientificismo, hoy se trata más bien de fundamentar el conocimiento científico y su validez en una ontología filosófico-general. Entre los representantes más conspicuos del tercer momento de la historia de la filosofía se encuentran el francés Quentin Meillassoux y el alemán Markus Gabriel. El movimiento del nuevo realismo o de la ontología especulativa se ha desarrollado ampliamente en años recientes y

⁶ Cf. Quentin Meillassoux, *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*, Buenos Aires, Caja Negra, 2015.

⁷ Cf. Mario Teodoro Ramírez (coord.), *El nuevo realismo. La filosofía del siglo XXI*, México: Siglo XXI, 2016.

actualmente se encuentra en pleno crecimiento. Su influencia apenas se ha notado en nuestro país y en Latinoamérica en general.

3. La filosofía en México

Aunque han habido manifestaciones de pensamiento filosófico de diversa índole en toda la historia de México, es hasta el siglo XX que se presenta un desarrollo específico y sostenido de la filosofía en nuestro país⁸. Con la fundación del grupo intelectual de “El Ateneo de la Juventud”, en 1909 arranca propiamente la filosofía mexicana contemporánea. Entre las figuras más destacadas de este grupo se encuentran dos filósofos: José Vasconcelos (1882-1959) y Antonio Caso (1883-1946): ambos marcaron de alguna forma derroteros para la filosofía mexicana del siglo XX. En primer lugar, fueron los maestros de Samuel Ramos (1897-1959), filósofo michoacano, nicolaita, nacido en Zitácuaro y que fue el primero en vincular de forma sistemática la reflexión filosófica con la condición psicológica, social y cultural de nuestro país⁹. Siguiendo la línea de Ramos, y con la influencia de filósofos españoles transterrados (José Gaos, principalmente), un grupo de jóvenes forma el grupo *Hiperión* a fines de los 40. Estos jóvenes llegarán a ser algunas de las figuras filosóficas más destacadas en la segunda mitad del siglo veinte. Son: Leopoldo Zea (1912-2004), Emilio Uranga (1921-1988), Jorge Portilla (1919-1963), Ricardo Guerra (1927-2007), Joaquín Sánchez McGregor (1925-2008) y Luis Villoro (1922-2014). Por su obra y el alcance y la profundidad de su pensamiento puede considerarse al último, a Villoro, como el culmen del pensamiento filosófico mexicano del siglo XX¹⁰. En los últimos veinte años de su vida, Luis Villoro estableció una relación permanente con la comunidad filosófica de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, a la que legó su biblioteca personal. En reconocimiento, el Instituto de Investigaciones Filosóficas de esta Universidad, fundado en 2007, lleva su nombre.

En general, el propósito de algunos de ajustar la actividad filosófica mexicana a las modalidades de las metrópolis europeas y norteamericanas (a quienes Carlos

⁸ Cf. Mario Teodoro Ramírez (coord.), *Filosofía de la cultura en México*, México: Plaza y Valdés / UMSNH, 1997.

⁹ En su famoso libro: *El perfil del hombre y la cultura en México*, México: Espasa-Calpe, 1951.

¹⁰ Cf. de Mario Teodoro Ramírez: *La razón del otro. Estudios sobre el pensamiento de Luis Villoro*, México: UNAM, 2010; *Humanismo para una nueva época. Nuevos ensayos sobre el pensamiento de Luis Villoro*, México: Siglo XXI, 2011; (Coord.), *Luis Villoro: pensamiento y vida. Homenaje en sus 90 años*, México: Siglo XXI / UMSNH, 2014.

Pereda llama “sucursaleros”¹¹ y otros llaman “colonizados”) ha convivido en México con la pretensión de otros por hacer una filosofía propia que trate de responder a las características y demandas de nuestro contexto socio-cultural propio (“nacionalistas” o “ideologizados”, les llaman). Esta alternativa simplista, que ha atravesado la filosofía en México -y, en general, en Latinoamérica-, parece que ha ido siendo superada paulatinamente desde fines del siglo XX. Sobreviene en los últimos años un desarrollo múltiple de la filosofía en nuestro país, donde las más diversas corrientes, posturas e intereses teóricos vienen a fluir y confluir. No sólo persiste la práctica filosófica que sigue las líneas del pensamiento universal (la filosofía analítica, la metafísica, la epistemología, la filosofía de la lógica), también se siguen desarrollando las posturas de carácter mexicanista o latinoamericanista (filosofía de la liberación, historia de la filosofía mexicana y latinoamericana), a la vez surgen y crecen diferentes temas novedosos relacionados con problemáticas de nuestra época como la filosofía feminista, la cuestión ecológica, la bioética, la ética médica, la filosofía de la tecnología, las implicaciones filosóficas de las neurociencias, de la crisis de la religión y las ideologías, la filosofía de la educación, la filosofía de la cultura, la estética y el análisis de las nuevas formas de expresión artística, etc. A la vez, en las últimas décadas la filosofía mexicana ha conocido un crecimiento nacional importante; de alguna forma se ha ido superando el tradicional centralismo en la Ciudad de México (UNAM, UAM, Universidad Iberoamericana), y hoy existen importantes centros de desarrollo filosófico en diversas universidades del país como Monterrey, Guadalajara, Guanajuato, Jalapa, Toluca, Morelia¹². El Conacyt (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) ha apoyado algunos proyectos de investigación en filosofía y el Sistema Nacional de Investigadores (S.N.I.) cuenta con un buen grupo de profesores-investigadores dedicados a nuestra disciplina.

En mi caso particular, puedo mencionar que habiendo ingresando al S.N.I en 1990, trabajé con grupo de profesores y estudiantes ligados al programa y la línea de investigación de la Maestría en Filosofía de la Cultura de la Facultad de Filosofía Samuel Ramos, de la UMSNH, en dos proyectos de investigación apoyados por Conacyt en 1994-1996 y 1996-1998, mismos que dieron por resultado, respectivamente, los libros: *Filosofía de la cultura en México* (México: Plaza y Valdés, 1997) y *Filosofía culturalista* (Morelia, SEUM, 2005). Otros temas de

¹¹ Cf. Carlos Pereda, *Crítica de la razón arrogante*, México: Taurus, 1998.

¹² A lo largo del tiempo, Morelia ha tenido una presencia importante en la comunidad filosófica nacional. Considérese que ha sido sede en tres ocasiones de los congresos nacionales de la Asociación Filosófica de México (AFM): en 1975, 2005 y 2014. El autor de este ensayo tuvo el honor de ser el primer Presidente de este organismo que no era de la Ciudad de México (en el periodo 2012-2014).

investigación, trabajados con estudiantes de los tres niveles (licenciatura, maestría y doctorado) fueron sobre la obra y el pensamiento del filósofo francés Maurice Merleau-Ponty (concretado en un Coloquio internacional realizado en Morelia en 2007, y en el libro colectivo *Merleau-Ponty viviente*, Barcelona: Anthropos, 2012), sobre el pensamiento y la obra del filósofo mexicano Luis Villoro, concretado en un Coloquio nacional realizado en diciembre de 2013 y en el libro colectivo *Luis Villoro. Pensamiento y vida* (México, Siglo XXI, 2014). En los últimos tres años he trabajado y dirigido investigaciones sobre la nueva corriente filosófica del nuevo realismo, tanto a nivel local como nacional e internacional (ver el libro colectivo bajo mi coordinación: *El nuevo realismo. La filosofía del siglo XXI*).

4. Conclusiones y perspectivas

¿Cuál es el porvenir de la filosofía, en general y en México en particular? Algunos pensadores radicalmente nihilistas del siglo XX llegaron a hablar de la “muerte de la filosofía”, de una época ya post-filosófica, bajo el argumento bien cientificista (racionalista) de que la filosofía se ha vuelto innecesaria en cuanto las cuestiones fundamentales que ellas se planteaba pueden ser o son resueltas por las ciencias de nuestro tiempo, o bien esteticista, que asume la visión nihilista (irracionalista) de que todo intento de comprensión conceptual y racional de la realidad es un mero instrumento del poder y la dominación y que lo único que nos queda es “sentir”, vivir la experiencia inefable del sentido, el universo o lo sagrado (es parte de lo que se dio en llamar “posmodernismo”). En realidad, estas dos posturas son complementarias y se refuerzan entre ellas, pues ambas remiten a una comprensión inadecuada de la razón humana y, al fin, a un rechazo o negación de las posibilidades reales de la razón, aquellas que el gran racionalismo de la etapa clásica de la modernidad se creyó capaz de ejercer, con figuras de la talla de Descartes, Spinoza, Leibniz. No obstante, como sabemos, el racionalismo moderno guardaba todavía (quizá de modo ineludible) supuestos teológicos y metafísicos que hoy resultan prescindibles y totalmente superados. El racionalismo filosófico de nuestro tiempo apuesta por una razón que aprehende la realidad sin supuestos teológico-metafísicos, ni siquiera la idea de una “totalidad” o “unidad” de lo real o del universo es ya sostenible para una razón crítica renovada¹³. Ella está dispuesta sin aprensión a asumir el carácter inacabado, infinito, plural y absolutamente

¹³ Cf. Markus Gabriel, *Por qué el mundo no existe*, México: Océano, 2016; en contra del determinismo cientificista (neurociencias) ver del mismo autor: *Yo no soy mi cerebro. Filosofía de la mente para el siglo XXI*, Barcelona: Pasado y presente, 2016.

Filosofía: estado de la cuestión

contingente de todo lo que existe -incluida la propia existencia humana-. Este reconocimiento, que puede cimbrar nuestras suposiciones más acendradas, tiene sin embargo su lado positivo y esperanzador. Diluidos todos los determinismos absolutos de la filosofía antigua y moderna, el pensamiento de hoy revela para sí mismo y para la condición humana el valor ontológico de la libertad, y junto con ella, de la creatividad, la innovación, la inventiva. La esperanza puede renacer.



Primer Coloquio Nacional de Filosofía. Agosto de 1975.